

En el limbo de Tapachula

DAVID MARTÍN DEL CAMPO

Una serpiente "cantil" que muerde mortalmente a un pequeño bañista que se ha zambullido en un río al pie del Tacaná; un peluquero analfabeto que regala Biblias en el barrio salvadoreño de Los Ángeles; don Panchito, que una vez se adentró al mar y un tiburón le arrebató una pierna y algo más; un accidente de tránsito que transforma las maneras de un profesor universitario, antes pusilánime; una dama de gustos perversos amiga del perro —antes que del hombre— en la cama, sobre todo si es pastor alemán; un filósofo que muere, pero de tan leído no muere del todo porque los buenos lectores —escúchenlo bien— viven cuatrocientos años; una mujer interesada que se casa por la promesa de compartir la riqueza que proporciona una finca de café, y tras la noche de bodas, ¡oh sorpresa!, descubre que el marido no posee más café que el de la taza del desayuno; un baúl que todos ambicionan heredar, la familia que descubre, a la muerte del tío, que está lastrado con fierros viejos; la muerte que cita a su víctima en Toulouse y se extraña al hallarte paseándote por París... "¿No quedamos de encontramos allá?", preguntará...

Éstas son las anécdotas, en síntesis, que habitan los nueve relatos del libro ¿el primero? que hoy nos ofrece Hernán Becerra Pino.

Se ha tardado cuarenta años este sociólogo convertido en periodista convertido en narrador, en por fin entregar a la imprenta un volumen de relatos que mueven al pasmo. Y digo al pasmo, que no la sorpresa, porque los relatos de Becerra Pino pertenecen a un género extraño que no apunta hacia la eficacia del cuento.

En el cuento, está por demás recordarlo, hay un personaje y una historia que

perfilan, maliciosamente, un final que estalla en las manos del lector. Con estos relatos ocurre un fenómeno distinto. Al terminar la lectura de textos como "La Bikina" o "Muerte de un filósofo", incluidos en el volumen, queda, la verdad, una sensación de algo truncado. Una historia que podría continuar, un inicio de novela, algo de lo que deseamos saber más pero que el autor ha decidido arrojar al abismo de su disco duro.

El baúl del tío Matías, por lo demás, es un libro que no se permite la sospecha del galope. Siempre controlado, siempre tensa la rienda, el autor no deja correr la emoción de sus personajes —siempre correctos, siempre serenos— aunque la pasión se les adivine apenas asoma aquella desnudez o aquella cuenta millonaria. Incluso hay una suerte de castigo en la sintaxis, frases un tanto alambicadas, que eluden la permisible poesía de una metáfora, o por el contrario la búsqueda de una frase directa, como heredada del género policiaco, en la cual la simple enunciación es ya toda una apuesta. Escuchen, si no: "Los socorristas le destrozaron la camisa para darle masaje con desesperación en su velludo pecho." Eso y nada más que eso.

Y de tan insistente, el estilo consigue un efecto dramático, un poco al modo de Rubem Fonseca, el brasileño, en sus mejores relatos.

En ésa... llamémosle "truculencia domesticada", radica lo mejor de estos nueve relatos. Porque bien pudo optar Becerra Pino por el consabido alarde, personajes ruidosos, majaderos, mentando madres y escupiendo los hijos de puta... pero no. La apuesta de este ahora cuarentón autor es más bien por la elegancia, la sobriedad, diríase casi la flemma de los británicos. "¿Un flemático ta-

pachulteco?", se preguntarán ustedes, pero esa indagación será a partir de la lectura de este volumen —ilustrado curiosamente con estampas relacionadas con la ciencia de los galenos— porque la portada, ya lo dirán ustedes, no pudo ser más elocuente: un Cristo azul no sabemos si ascendiendo a los cielos o sumergido en el abismo del océano.

Resulta curioso que además Hernán Becerra haya firmado los relatos, según el año y el sitio donde pergeñó cada título, de modo que el volumen resulta además una suerte de itinerario extraliterario que, hay que decirlo, mueve a la envidia. Por ello nos enteramos, por ejemplo, de que Becerra Pino estuvo en París en 1991, donde escribió "La Bikina", en agosto de 1944 en Honolulu, donde inventó "El cambio", en 1986 en Bogotá, donde hizo el manuscrito de "Ya para qué", y después en Los Ángeles, Río de Janeiro, Toulouse y vamos, hasta la misma Tapachula. De modo que el autor, por lo visto, no se aburre... y cuando es el caso, pues qué remedio: se pone a escribir.

Un primer libro es, como siempre, promesa y compromiso. Quiero imaginar a Hernán Becerra preparando ahora mismo un segundo libro que convalide los destellos que ya asoman en este *El baúl del tío Matías*.

Para concluir, me atrevería a conjeturar lo siguiente: Hernán Becerra Pino es un autor de certidumbres religiosas. Sabe, sospecha y conoce los colores del cielo y del infierno. Ha optado, sin embargo, por mantenerse en las aguas mansas, con sus personajes, desde luego, porque desde el Limbo suyo, el Limbo de Tapachula, se accede al escándalo del averno, en las noches insomnes de sus atormentados pero correctos personajes, pero accede también a la fría serenidad, el *spleen* de tersura que en el cielo comparten los sabios y los santos. Yo no lo sé. ♦

Hernán Becerra Pino: *El baúl del tío Matías*, Praxis, México, 1997. 71 pp.